

LA INUNDACIÓN Y OTROS TEXTOS

YEVGUENI ZAMIATIN

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE MARTA REBÓN



TÍTULO ORIGINAL DE LOS TEXTOS:

Пещера / Наводнение, Я боюсь / Письмо в редакцию *Литературной газеты* /
Письмо Сталину.

Publicado por

AUTOMÁTICA

Automática Editorial S.L.

Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com

www.automaticaeditorial.com

© de la traducción, Marta Rebón, 2026

© del epílogo, Marta Rebón y Ferrán Mateo, 2026

© de la presente edición, Automática Editorial S.L., 2026

© ilustración de cubierta: ©Karla Cuéllar, 2026

ISBN: 978-84-10141-29-2

DEPÓSITO LEGAL: M-15464-2026

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors

Composición: Automática Editorial

Revisión y corrección: Automática Editorial

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: julio de 2026

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

ÍNDICE

LA CAVERNA – 7

LA INUNDACIÓN – 23

TENGO MIEDO – 67

CARTA A LA REDACCIÓN – 77

CARTA A STALIN – 83

EPÍLOGO: LA ENTROPÍA Y EL HACHA – 93

LA INUNDACIÓN
Y OTROS TEXTOS

YEVGUENI ZAMIATIN

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE MARTA REBÓN

LA CAVERNA

Glaciares, mamuts, páramos. Rocas nocturnas, negras, vagamente parecidas a casas; en las rocas, cavernas. Y no se sabe quién barrita de noche por el sendero de piedra entre las rocas y, husmeando el camino, arremolina el blanco polvo de nieve; quizá un mamut de trompa gris; quizá el viento; o quizá el viento mismo es el rugido helado de un mamut mamutísimo. Una cosa está clara: es invierno. Y hay que apretar bien los dientes para que no castañeeen; y hay que partir leña menuda con un hacha de piedra; y cada noche hay que trasladar la hoguera de caverna en caverna, cada vez más adentro; y hay que envolverse con más y más pieles greñudas de fieras.

Entre las rocas, donde siglos atrás estuvo Petersburgo, merodeaba por las noches un mamut de trompa gris. Y, envueltos en pieles, en abrigo, en mantas, en harapos, los cavernícolas iban retrocediendo de caverna en caverna. Para la fiesta de la Intercesión, Martín Martínich y Masha tapiaron

el despacho; para la fiesta de la Virgen de Kazán, abandonaron el comedor y se agazaparon en el dormitorio. Más allá no había adónde retroceder: ahí había que resistir el asedio, o morir.

En el dormitorio-caverna de Petersburgo todo era igual que hace poco en el arca de Noé: criaturas puras e impuras, revueltas por el diluvio. Un escritorio de caoba; libros; tortas de la Edad de Piedra con aspecto de cerámica; Skriabin, opus 74; una plancha; cinco patatas amorosamente lavadas hasta dejarlas blancas; los barrotes niquelados de las camas; un hacha; un armario ropero; leña. Y en el centro de todo este universo, el dios, paticorto, de un rojo herrumbroso, achaparrado, ávido dios de las cavernas: la estufa de hierro.

El dios roncaba con voz potente. En la caverna oscura, el gran milagro del fuego. Los humanos —Martín Martínich y Masha—, con reverencia, en silencio, agradecidos, tendían las manos hacia él. Durante una hora, primavera en la caverna; durante una hora se desprendían de las pieles de fiera, de las garras, de los colmillos, y a través de la corteza helada del cerebro se abrían paso tallitos verdes: los pensamientos.

—Mart, ¿no te habrás olvidado de que mañana...? En fin, ya veo que te has olvidado.

En octubre, cuando las hojas ya están amarillas, marchitas, mustias, hay días de ojos azules; si se echa la cabeza hacia atrás en un día así, para no ver la tierra, se puede creer que aún hay alegría, que aún hay verano. Lo mismo con Masha: si se cierran los

ojos y solo se la escucha, se puede creer que es la de antes, que ahora mismo va a reírse, va a levantarse de la cama, va a abrazarlo; y que hace una hora —ese cuchillo por el cristal— no era su voz, no era ella en absoluto...

—¡Ay, Mart, Mart! ¿Cómo es que...? Antes no te olvidabas. El veintinueve: el día de María,¹ mi santo...

El dios de hierro seguía roncando. Como siempre, no había luz: no la darían hasta las diez. Las bóvedas oscuras de la caverna, erizadas de sombras, se balanceaban. Martín Martínich, en cuclillas, hecho un nudo —¡más apretado! ¡aún más apretado!—, con la cabeza echada hacia atrás, sigue mirando el cielo de octubre para no ver los labios amarillentos, marchitos. Y Masha:

—Mira, Mart. ¿Y si encendiéramos la estufa mañana a primera hora? ¡Para que todo el día sea como ahora! ¿Eh? Bueno, ¿cuánto nos queda? ¿Aún queda una pila en el despacho?

Hacía mucho que Masha no podía ir hasta el despacho polar y no sabía que allí ya... Más apretado el nudo, ¡aún más apretado!

—¿Una pila? ¡Más! Creo que allí...

De pronto, la luz: las diez en punto. Y, sin terminar, Martín Martínich cerró los ojos con fuerza y se dio la vuelta: con luz era más difícil que a oscuras. Además, con luz se ve claramente: él tiene la cara arrugada, de arcilla (ahora muchos tienen caras de arcilla: hacia atrás, a Adán). Y Masha:

1 Masha es la forma hipocorística de María.

—¿Sabes, Mart? Yo intentaría... quizá me levante, si enciendes la estufa desde la mañana.

—Pues claro, Masha, claro... Un día así... Claro que sí, desde la mañana.

El dios de la caverna se iba apagando, se encogía, enmudeció, apenas crepita. Se oye: abajo, en casa de los Obértishev, parten leños de una barcaza con un hacha de piedra; con un hacha de piedra hacen pedazos a Martín Martínich. Un trozo de Martín Martínich sonreía a Masha con sonrisa de arcilla y molía mondas secas de patata en el molinillo de café para hacer tortas; y otro trozo de Martín Martínich, como un pájaro que se hubiera colado en la habitación, daba topetazos contra el techo, atolondrado, a ciegas, contra los cristales, contra las paredes: «Dónde encontrar leña, dónde encontrar leña».

Martín Martínich se puso el abrigo, se lo ciñó con un cinturón de cuero (entre los cavernícolas existe el mito de que así se está más caliente), y en el rincón, junto al armario ropero, hizo sonar el cubo con estrépito.

—¿Adónde vas, Mart?

—Ahora vuelvo. A por agua, abajo.

En la escalera oscura, cubierta de hielo por las salpicaduras de agua, Martín Martínich se detuvo, se balanceó, suspiró. Luego, haciendo tintinear el cubo como unos grilletes, bajó hasta casa de los Obértishev; allí aún tenían agua corriente. Abrió la puerta el propio Obértishev, con el abrigo atado con una cuerda, sin afeitarse desde hacía tiempo; su rostro era un descampado invadido de maleza pelirroja, calada de polvo hasta la raíz. A través de la maleza,

dientes amarillos de piedra, y entre las piedras, un rabito fugaz de lagartija: una sonrisa.

—¡Ah, Martín Martínich! ¿A por agüita? Pase, pase.

En la estrecha celda entre la puerta de fuera y la de dentro, no había sitio para moverse con el cubo: en la celda estaba la leña de los Obértishev. El Martín Martínich de arcilla se golpeó de costado, dolorosamente, contra la leña; en la arcilla, una honda abolladura. Y más profunda aún: en el pasillo oscuro, contra la esquina de la cómoda.

Cruzó el comedor. En el comedor, la hembra de Obértishev y tres cachorros obertishevianos; la hembra escondió a toda prisa un cuenco bajo la servilleta: había entrado un humano de otra caverna, y Dios sabe: igual se lanzaba a arrebatárselo.

En la cocina, con el grifo abierto, Obértishev sonreía con sus dientes de piedra:

—Bueno, ¿y su mujer? ¿Qué tal? ¿Qué tal?

—Pues ya ve, Alekséi Ivánich, igual que siempre. Mal. Y mañana es su santo, y no tengo con qué encender la estufa.

—Pues haga como yo, Martín Martínich: sillitas, armaritos... Los libros también: los libros arden estupendamente, estupendamente...

—Pero es que usted ya sabe: allí todo es de otro, incluidos los muebles; lo único mío es el piano de cola...

—Ya, ya... Lamentable, lamentable.

Se oye en la cocina: revolotea, con rumor de alas, el pájaro que ha entrado volando, a derecha, a

izquierda, y de pronto, desesperado, de golpe contra la pared con todo el pecho.

—Alekséi Ivánich, quería... Alekséi Ivánich, ¿no podría darme siquiera cinco o seis leños...?

Dientes amarillos de piedra a través de la maleza, dientes amarillos brotándole de los ojos; todo Obértishev se cubría de dientes, los colmillos cada vez más largos.

—Pero qué dice, Martín Martínich, ¡qué dice, qué dice! Si nosotros mismos... Ya sabe usted cómo está todo ahora, ya sabe usted, ya sabe usted...

¡Más apretado el nudo! ¡Más apretado, aún más! Martín Martínich se apretó todo él, levantó el cubo y cruzó la cocina, el pasillo oscuro, el comedor. En el umbral del comedor, Obértishev le tendió una mano fugaz, rauda y escurridiza, como de lagartija:

—Bueno, hala... Pero la puerta, Martín Martínich, no se olvide de cerrarla de golpe, no se olvide. Las dos puertas, las dos, las dos, ¡que así no hay calor que aguante!

En el rellano oscuro y helado, Martín Martínich dejó el cubo, se volvió, cerró bien la primera puerta. Aguzó el oído: solo oyó dentro de sí un temblor seco, de hueso, y su propia respiración temblorosa: una línea entrecortada de puntos. En la estrecha celda entre las dos puertas alargó la mano, tanteó: un leño, y otro, y otro... ¡No! Enseguida se sacó a sí mismo a empujones, al rellano, entornó la puerta. Ahora solo hacía falta cerrarla de golpe, bien fuerte, para que chasqueara el cerrojo...

Y de pronto, no hay fuerzas. No hay fuerzas para cerrar de golpe el «mañana» de Masha. Y en

la línea punteada trazada por su aliento, apenas perceptible, se enzarzaron en un combate mortal dos Martín Martínich: aquel, el de antes, el de Skriabin, el que sabía que no se debe, y el nuevo, el cavernícola, el que sabía que es necesario. El cavernícola, rechinando los dientes, sometió y estranguló al otro, y Martín Martínich, rompiéndose las uñas, abrió la puerta, metió la mano entre la leña... Un leño, un cuarto, un quinto, bajo el abrigo, al cinto, al cubo; cerró de un portazo y escaleras arriba a saltos enormes, de fiera. A mitad de la escalera, en algún peldaño cubierto de hielo, de pronto se quedó clavado en el sitio, se aplastó contra la pared: abajo volvió a chasquear la puerta, y la voz polvorienta de Obértishev:

—¿Quién anda ahí? ¿Quién anda ahí?

—Soy yo, Alekséi Ivánich. Yo... me olvidé de cerrar la puerta... Quería... Volví... A la puerta, para cerrarla bien...

—¿Usted? Hmm... ¿Cómo se le ocurre, hombre? Hay que ir con más cuidado, con más cuidado. Ahora lo roban todo, ya lo sabe, ya lo sabe. ¿Cómo se le ocurre, hombre?

Día veintinueve. Desde la mañana, un cielo bajo, agujereado, algodinoso, y, a través de los agujeros, se cuela el hielo. Pero el dios de la caverna se atiborró la panza desde primera hora, roncaba benévolo; y que haya agujeros, y que Obértishev, cubierto de dientes, cuente sus leños, qué más da: con tal de que haya hoy; «mañana» es algo incomprensible en la caverna; solo dentro de siglos se sabrá qué es «mañana», qué es «pasado mañana».